

Brega entre lo cultural y lo instintivo

Introducción

A simple vista, especialmente a nivel de relación, parecería que ambos sexos se hubieran puesto de acuerdo para acusarse una y otra vez de las mismas omisiones y transgresiones, y si la generalidad de los conflictos que con ello quedan expuestos no fuese tan rica en cargas emocionales destructivas, las quejas hasta podrían tomarse como un juego.

Naturalmente, si se tiene en cuenta que en él participan todas las generaciones, un juego de nunca acabar, siendo además que, sin que importe cuál sea la que se tome como referencia, tanto las acusaciones como los argumentos básicos se repiten una y otra vez con apenas algunas variaciones sujetas a diversos tiempos y culturas.

Así las cosas, cada sexo parece defender su posición con extrema necesidad, de modo que, por mejor y más atendible que sea el razonamiento de uno y de otro en apoyo de tal o cual postura, los argumentos siempre llegan a oídos sordos.

Es como si hubiese un bloqueo interior, algo que, particularmente en torno a las relaciones de carácter íntimo, impidiese realizar cualquier aprendizaje de importancia.

¿Será -y como muchos sospechan- que los reclamos son producto de un desentendimiento voluntario y caprichoso de ambas partes, de una actitud puramente cómoda de individuos empeñados en no realizar ningún esfuerzo, o de un egoísmo incapaz de conceder al otro nada que signifique siquiera una pequeña pérdida de poder?

¿Acaso es producto de la más lisa y llana estupidez o del solo temor de sufrir a partir de pensar que, si algo cambiara, uno debería comenzar a manejarse con códigos que le son extraños? ¿Será, tal vez, que ciertas actitudes, creencias y certezas se encuentran tan comprometidas con lo inconsciente y hasta con el mismo subconsciente que no permiten que, simplemente, se las modifique a voluntad?

Si así fuera poco habría por hacer; significaría que, con

enormes restricciones, solo en aquellos casos en los que pudiera responsabilizarse a condicionamientos emocionales cofundadores o refundadores del Yo sería posible llegar a comportarse de otra manera, y hasta quizá modificar definitivamente algunas conductas y sensibilidades relacionadas con prejuicios simples, producto de una educación deficiente o de la posterior experiencia personal como adulto.

De todas maneras ha de convenirse en que a la hora de cuestionar una realidad de la que se es parte actuante, por ser precisamente las únicas cosas que nos permitirán valorarla en mayor medida, tanto el conocimiento como la sinceridad son factores fundamentales. Son lo único que acaso nos permitirá ser justos con nosotros mismos, con el otro y con las circunstancias, en la medida de reconocer no solo nuestras propias incompatibilidades y limitaciones, sino también hasta qué punto ambos sexos pueden modificar ciertas actitudes y conductas que resultan desagradables o poco compatibles con la idea del bienestar común.

También nos permitirán explorar los muchos porqués de una realidad que dice que los reclamos cobran especial trascendencia cuando aparece el intercambio sexual, ya que es entonces cuando comienzan a comprometerse con demasiada facilidad valores que son claves para el mutuo entendimiento, a saber: respeto, consideración, confianza, tolerancia, etc.

Ad hoc

El respeto, según ha sido dicho tantas veces, es algo fundamental en la vida de pareja. Suena bien, categórico, y no puedo sino coincidir con ello; sin embargo, me consta que para poder respetar a alguien es necesario, ante todo, saber quién es, y que este saber no debe estar subrayado por la suficiencia que impone la superficialidad o la ignorancia sino por un conocimiento que abarque, ante todo, lo que hace a rasgos centrales de la personalidad de aquel a quien pretendemos respetar.

Esto significa que conducirnos respetuosamente no trata únicamente sobre ser educado y cortés, sino también sobre tener en cuenta aquellos condicionamientos con que dicha persona está obligada a manejarse en consideración a su carga inconsciente y cultural más significativa.

(2)

Tanto femeninos como masculinos, más allá de sus significados puntuales y de si pertenecen a lo tradicional o a la modernidad, los reclamos que un sexo hace al otro son una pequeña muestra del profundo condicionamiento emocional y psicológico que señala el camino de nuestras vidas.

Sobreponerse por completo a tal condicionamiento implicaría alcanzar estados de conciencia que no podemos imaginar ni intentar llevar a la práctica sin incurrir en un proceso autodestructivo (renegar de la propia identidad). Sí es posible hacerlo parcial y selectivamente, lo cual nos brindaría la oportunidad de disfrutar de una importante paz interior; ergo, de uno mismo, de los demás, y de todo aquello que nos rodee sin ningún propósito conocido.

Un pequeño asesoramiento

En una relación, cuando uno no está contento consigo mismo tiende a adoptar una postura crítica hacia todo lo que involucre el hacer de la pareja, y ya pocas cosas -si acaso- serán capaces de generar algún placer. Inconscientemente se tratará de que lo que ocurra en la vida diaria justifique el sentirse mal a fin de no enfrentar aquello personal que genera el descontento; algo comprensible en tanto tomar conciencia de las propias debilidades y no saber cómo resolverlas produce angustia. La persona puede, entonces, intentar tener razón a todo precio dando, además, indicaciones constantes sobre cómo esto o aquello debe ser llevado a cabo y sin siquiera pensar si lo que exige o espera se corresponde con los tiempos, los gustos y las posibilidades del otro (producto de la frustración, rápidamente aparecen la descalificación y el insulto, y ya todo comienza a transformarse en una agresión).

En otros casos la persona se encargará de generar discusiones respecto de cualquier cosa -aun irrelevante- que involucre el común hacer.

Asimismo se dan otras situaciones en las que, por tener pocas cosas importantes en las que concentrar la atención, los errores o descuidos del otro se imponen como algo sobresaliente; entendiéndoles como una demostración de que no se nos tiene lo suficientemente en cuenta. Por lo general es una postura nacida

de tener pocas responsabilidades, poca experiencia de vida, o por tener expectativas que van más allá de lo que uno -al momento- se encuentra haciendo.

Pueden darse muchos ejemplos de cómo arruinar la convivencia, lo importante es comprender que vivir mal es una decisión personal y que, antes de pensar en una separación, lo que debemos preguntarnos es si no podemos cambiar de actitud en función de mejorar las cosas. En estos casos, cuando hablar con la pareja (en frío, con sinceridad y a tiempo) no solucione nada, y cuando la reflexión o el consejo de terceros (preferentemente gente de edad) no sean suficientes, aunque no garantice nada conviene consultar un profesional.

Vale sí tener presente que la pareja con quien uno quizá viva los años que quedan por delante debe ser vista, entre otros, como un amigo, un camarada; alguien a quien uno siempre debe estar dispuesto a escuchar y ayudar, a acrecentar su autoestima y tratar de complacer. Dejarle a su suerte, frustrarle, avergonzarle, sermonearle y minimizarle no hará al bienestar de ninguna de las partes.

Por último debo señalar que solucionar los conflictos internos que cargamos a nuestras espaldas -y que luego depositamos “a escondidas” en una relación- no es responsabilidad de quien haya apostado por nosotros.

Dos advertencias útiles:

1) Inspirado en un pensamiento de Machiavelli sobre el caos y la guerra:

Permitir que por evitar un conflicto la disconformidad prospere (en este caso no expresar a tiempo lo que uno desea o siente), no solo no conseguirá evitar el conflicto sino que, ya presente, éste se habrá transformado en una desventaja.

2) Ponga cuidado, sea por razones personales o políticas, mucho más gente de la que usted puede imaginar está interesada en que su relación de pareja fracase.